

# "LA SAMARITANA"

Cuento de OCIEL INFANTE.

Antología Unión de Escritores  
Americanos. Octubre 1984

730 983

¿Quién es realmente su autor? La Antología no nos entrega ningún dato.

Ignoramos, asimismo, si el escabroso tema ha sido tratado anteriormente por otro escritor, y si aquél aún continúa vivo.

Lo cierto es que en este extraño Cuento, que pareciera nacer de una incontestable subestimación por las funciones paramédicas (con grave riesgo para el autor de tener que afrontar demanda judicial entablada por las damas de todos los colores, que pululan en sanatorios y hospitales); o bien, despecho de macho herido (mal atendido por el S.N.S. o alguna "Isapre"). OCIEL INFANTE no se detiene en escrúpulos, ni le falta imaginación para tratar de convencer al lector de las aberrantes prácticas amoroso-sexuales, de su más bien usada e inmunizada, que "viciosa" Samaritana.

Tan ardua tarea, suele tornarse interesante y nos lleva a pensar en Igea, diosa de la salud en la mitología pagana. Porque, esta Samaritana, nada tiene que ver con Samaria ni con la mujer de la parábola, excepto por el número de "maridos" y el haber sufrido en carne propia ciertos prejuicios (¿del autor?) y el desprecio a "la pariente pobre".

Pero, ¡Ha!, el afán donjuanesco, todo se desmorona cuando el hablante lírico decide entrar en acción, declaráse él "amante excepcional" y confiésase ena-

morado de la Samaritana, "con una especie de aberración sexual".

Desnudo y en autoconfesión, convertido él mismo en un mini-samaritano, desaparece de una plumada, toda la magia y el humor negro que envolvía con un halo fantasmal, al personaje —ya bien logrado— de la amada Amadora: la Samaritana.

¡No hay salud! He aquí una excelente lección de cómo desperdiciar un buen tema y muchísimo talento narrativo, aunque en un estilo muy personal y con un lenguaje bastante hipócrita (¿o hipócrático?) y excesivamente machista: todos los personajes femeninos —con excepción de la hermana— (la suya, por supuesto), adolecen de algún terrible defecto. "Gatita", por ejemplo, "era medio idiota para el amor, por eso era presa fácil"; doña Isabel —tía de la Samaritana— "prepotente y abusiva", "errada como siempre"; "enfermeras "sensuales".

Pero, no seamos injustos. En la trama también aparece un villano: Abel, joven "farrero irresponsable", quien "sin mayores explicaciones", una noche vejó a su prima —la bella y entonces doncella Amadora—, como resultado de lo cual ella "sufrió una metamorfosis en su síquis", para devenir finalmente en la Samaritana, transformándose de violada en violadora. Para castigar su felonía (que después de todo la prima sufría con agrado), OCIEL INFANTE (envidioso), le dá su merecido; lo hace morir desnucado "al ser arrastrado por un potro joven, en medio de la algazara", etc.

¿Y cómo se nos presenta, la ya madura y experta Samaritana? Mujer hermosa, simpática, seria, respetada, inteligente, "que no se saca los anteojos ni para hacer el amor"; madre abnegada, que dosifica sabiamente el dolor y el placer; "ordenada" y práctica en lo económico, "que al final pesa, eleva o arruina, toda relación amorosa del alma o del sexo". Goza de "una buena pensión y un negocio establecido" (¿Para qué se iba a amarrar con el imprevisor "aplastado por los hechos negativos que arruinaron su fortuna?"). Comerciante minorista (seguramente al día en el pago de todos sus impuestos);

"conversa con sus amigas", "coquetea con los vendedores" (como que no quiere la cosa), y entre tanto ajetreo, se dá maña para continuar "asistiendo" a sus calenturientos moribundos. Francamente, la Samaritana nos parece casi digna de envidia, en estos tiempos en que las cosas de que ella tan fácilmente dispone, escasean.

Al terminar de leer este Cuento, sólo nos queda rondando su vampírico y despechado amante, que se abanica con el bacilo de Koch, vibriones, diplococos, estafilococos, estreptococos y demases. Y que, aún después de achaplinarse con el matrimonio y hasta con "la convivencia" (so pretexto de su ruina económica?), sigue ardiendo en deseos de contraer algún mal que le permita (¡fresco!), "morir feliz entre los brazos, los espasmos y los cuidados", de la erótica y cegatona Samaritana.

¡Pero, si el remedio lo tiene en la mano! Tanto va el sano a la cama, que termina enfermo. Máxime si aceptamos los necrofilicos antecedentes que el autor nos entrega, tan profusamente, sobre los gustos y "la manera", de la robusta, anti-biótica y resistente Samaritana.

Contagioso: ¡Leálo Ud. también! Y recomiéndelo a sus amigos, siempre que no sean hipocondriacos.

Sylvia del Valle

SANTIAGO, Noviembre de 1984